

LA MUERTE DE DON QUIJOTE

Ni el tiempo ni el progreso han conseguido borrar del carácter de nuestro pueblo su tendencia predominante. Hoy, como ayer, somos la raza belicosa, irritable y poseída de acometividad, que tenemos por indiscutible el derecho de conquista, nos entusiasmos ante las glorias militares, y al evocar en nuestra imaginación el recuerdo de los ilustres compatriotas, colocamos siempre en primera línea a los guerreros victoriosos y relegamos a segundo término a los pensadores y demás hombres ilustres que se sacrificaron por el bien de sus semejantes. Seguimos teniendo de la patria la misma idea errónea que los españoles de hace cuatro siglos; queremos gozar universal fama de valerosos; toda nuestra felicidad consiste en que las demás naciones, más que con simpatía, nos miren con terror, y ante el más leve disgusto diplomático, casi nos sentimos deshonrados si no suena el clarín de la guerra y algunos miles de hombres se degüellan sobre el campo de batalla.

¿Qué es lo que hemos progresado en este punto? ¿Qué diferencia existe entre la España del siglo XIX y la de los siglos XVI y XVII?

Imposible parece que nuestra patria no esté escarmentada, y en vista de sus desgracias no se haya despojado de ese espíritu aventurero y batallador, de ese D. Quijote que lleva dentro de su ser y que la ha empujado constantemente por el camino de la perdición.

Cuando, al finalizar la Edad Media, las regiones españolas perdieron su autonomía política para constituir la unidad, o más bien la uniformidad nacional, España contaba con tanta población como en el presente; su agricultura era de las mejores de Europa y poseía un sinnúmero de industrias que la colocaban entre las primeras naciones productoras de aquella época. Las aspiraciones avasalladoras de los Austrias y su tendencia a la preponderancia universal arrastraron nuevamente a los campos de batalla a aquel pueblo, a quien siete siglos de continua lucha con los sarracenos habían dado un carácter sumamente belicoso.

Fuimos desde entonces un pueblo de aventureros armados, cubiertos con la gloria de los héroes, pero rapaces y malvados como turba de bandidos; y haciendo la guerra por afición, al mismo tiempo que por vivir a costa de los demás pueblos y sin acudir al trabajo, los españoles, cuando no esgrimían la espada y la rodela en los campos italianos o las llanuras flamencas, iban a disparar su arcabuz en las selvas americanas, robando en todas ocasiones para llenar la bolsa de los reyes, eternamente exhausta, o alimentar el estómago de la Iglesia, siempre insaciable.

Nada detenía a aquel pueblo armado que paseaba sus banderas por los más distantes países, y tal era la audacia del soldado español, que, según un poeta,

*... Si hasta al cielo
No fue a asaltar las refulgentes salas,
No quedó por valor, sino por alas.*

La consecuencia inmediata de tanta gloria y poderío fue que la nación, en cuyos dominios nunca moría el sol, viera reducidos sus pobladores a nueve millones de seres; que sus campos quedaran yermos; que azotaran crueles hambres a sus ciudades y el pan se disputara a puñaladas; que vinieran abajo las antiguas fábricas y sobre sus ruinas levantáranse soberbios conventos, y que la juventud, si no se entregaba a la pereza odiando el trabajo y adoptaba por toda profesión el tomar el sol a las puertas de las iglesias, esperando la llegada de la flota de América, fuera a empuñar la pica o el mosquete en los ejércitos del rey o a vestirse monástico hábito y formar parte de la negra milicia papal. De aquellos nueve millones de españoles, bien puede asegurarse que más de un millón vivían en los claustros o en los campamentos, y

llevados de las preocupaciones de la época, consideraban como seres inferiores a los industriales y cultivadores de la tierra.

Aquella manía militar tan perniciosa y las aspiraciones de dominación universal que agitaban a nuestro pueblo, parecieron terminadas en Rocroy; pero los Borbones se encargaron de reanimarlas con sus pactos de familia, y aún hoy se conservan tan puras e incólumes como en los tiempos de mayor degradación política.

Si alguna vez decae el belicoso espíritu, si en ciertas ocasiones languidece ese batallador Don Quijote que la nación lleva en su pensamiento, si el pueblo reconoce que no hay más grandeza que la nacida del trabajo, y que las glorias guerreras son iguales a la tempestad de verano, tan atronadora como pronta a desvanecerse, los gobiernos se encargan de reanimar tan fatal tendencia, deseando con ello subsistir en el poder y hacerse simpáticos.

Cuando el pueblo se agita contra lo existente y el trono pelagra, los gobiernos monárquicos echan mano del recurso de la guerra, que al mismo tiempo que rodea de cierta aureola de fingida gloria a las instituciones, entusiasma a la inepta multitud que sueña eternamente con las conquistas.

Por esto en nuestro siglo, y en un período de tiempo relativamente corto, hemos tenido hechos militares tan improcedentes y absurdos como la expedición a Cochinchina, la guerra de África, el envío de tropas a México y la campaña de Santo Domingo, actos todos llevados a cabo en provecho de ciertos partidos y para afirmar un trono inseguro que nunca ha vacilado en declarar la guerra a países débiles con motivo de ofensas problemáticas o ridículas, y que en cambio, desde hace cien años, nada ha hecho por recobrar Gibraltar. Tan absurdas empresas se acometieron sin que saliera de la nación una unánime protesta; antes bien con ellas España sintió halagados sus tradicionales sentimientos.

¿Qué objeto tenían aquellas locas aventuras que tantos hijos robaron a la patria? ¿Qué resultado ha venido a lograrse con ellas? Todo el producto arrojado por tales expediciones ha consistido en poder escribir en la historia patria los nombres de algunas batallas inútiles, aumentar el largo catálogo de héroes y empobrecer la nación, gastando en humo y hierro los millones que siempre faltan para obras públicas y difundir la instrucción.

La monarquía no desiste de llevar al pueblo a las aventuras guerreras, y buena prueba de ello tenemos en nuestros días; pues cuando aún no había bajado al sepulcro Alfonso XII, el penúltimo de los reyes que tendrá España, se delató la existencia de secretos pactos con Alemania, esa nación que todo lo fía a las armas y que vive en continua y nerviosa intranquilidad cuando tiene que guardar la paz con sus vecinas.

Es, pues, la institución monárquica la que tiene cuidado en que nuestro pueblo conserve el carácter aventurero de otros tiempos y la más falsa idea de la grandeza nacional. Ella acepta, o así lo quiere hacer ver, ese erróneo concepto de la patria, que consiste en medir su poderío y prosperidad por palmos de terreno, mientras deja que este mismo se despueble con los miles de seres que emigran a América en busca de subsistencia, y ve impasible cómo esa patria que continuamente tiene en los labios, necesita para la vida material de los productos de todas las naciones y no puede atender por sí sola a la satisfacción de la más pequeña de sus necesidades.

Si fatal es la influencia de la monarquía, no hay que esperar por esto que la república unitaria mate ese espíritu bélico que tanto daño ha causado a nuestra patria. Semejantes a hermanas que solo tienen diferente el nombre e idénticos los apellidos y la sangre, la monarquía y la república unitaria proceden de igual tronco: la tiranía central y uniformadora; y, salvo pequeñas diferencias, tienen por guía idénticos fines, como ya mil veces se ha demostrado, y comulgan en las mismas aspiraciones.

Para convencerse de que el unitarismo republicano no piensa acabar con esa belicosa tendencia nacional que tantos males ha producido, no hay más que examinar los programas de sus partidos. Pídense en todos ellos el servicio militar permanente y obligatorio, con otras reformas que en vez de dignificar la fuerza armada convirtiéndola en colectividad de ciudadanos que voluntariamente se dedican a la honrosa misión de velar por la seguridad de la patria, hacen que se la constituya en numerosa guardia pretoriana pronta a influir en los destinos de la nación y tomar parte activa en las luchas políticas.

Después de esto, ¿será un error el afirmar que con la república unitaria la nación volverá a convertirse en inmenso cuartel, reanimándose más aún que bajo la monarquía aquel espíritu que hacía acometer las más locas aventuras?

Pedir un gran ejército permanente para tenerlo inactivo, empobreciendo a la nación y quitando al trabajo sus mejores brazos, es un absurdo inconcebible, y, por tanto, lógico es creer que se le quiere para reproducir el período de las *gloriosas* aventuras y para que otra vez salga el pueblo español, cual otro Don Quijote, por esos mundos, a desfacer entuertos, volviendo a la postre a casa tan muerto de hambre como molido a palos.

Además, una república defectuosa, como lo es la unitaria, no puede imponerse por sus ventajas ni por la tranquila prosperidad que dé al país, y necesita, por tanto, para sostenerse, usar del halago que los triunfos de la guerra causan a esa masa impresionable e ignorante, que mientras ve a la nación en lamentable atraso, asegura que hoy el porvenir patrio está en Marruecos o en otro cualquier territorio que en la escala de la civilización solo se encuentra un peldaño más abajo de España.

No pretendemos formular profecías; pero, si contra todas las probabilidades, algún día se establece en nuestra patria el unitarismo bajo la forma republicana, la nación llorará los resultados de aventuras tan locas como las que ha emprendido la monarquía por sostenerse.

Solo la república federal logra matar ese espíritu aventurero y batallador que ha causado la decadencia de nuestro pueblo y puede devolver la permanente tranquilidad a la patria.

Desapareciendo ese poder central, absoluto y avasallador que impera sobre todo en las naciones unitarias, y dedicadas las regiones a esa existencia activa que les da el goce de su autonomía y que las encamina a las conquistas industriales e intelectuales, que son las verdaderamente gloriosas, no pueden los pueblos sentirse influenciados por la impresión que en ciertos ánimos produce la guerra, ni pensar en los oropeles que proporcionan las conquistas. Además, la especial constitución de la fuerza armada, dependiente en parte del Gobierno de la nación, pero igualmente de las autoridades regionales, quita de las manos del centro el arma que pudiera esgrimir en provecho de sus ambiciones y para satisfacer sus deseos de engrandecimiento y popularidad por medio de la guerra.

Pero ni aun esto último, bajo la débil forma de deseo, puede existir en las naciones constituidas federalmente.

Dentro de un estado unitario, el poder ejecutivo, llámese rey o presidente, podrá llevar la nación a una guerra sin motivo serio tantas veces como le convenga o le plazca. La representación nacional es para él débil sombra que puede desvanecer a la menor señal de protesta, pues siendo las Cámaras, en virtud del sistema parlamentario, producto, no de la voluntad del país, sino de las conveniencias de sus ministros, le es dado imponer en todas ocasiones su opinión sobre ellas, y si por acaso se resisten, disolverlas y convocar otras, continuando tan triste juego hasta encontrar una Asamblea que se amolde a sus deseos. La historia del presente siglo ofrece muchos casos iguales a este ejemplo, nacidos, no de los abusos del poder ejecutivo, sino de las facultades que le confiere el parlamentarismo.

Nada de esto puede ocurrir en una república federativa. No existe en ella ese poder central avasallador y ambicioso que todo lo domina y que para sostener su prestigio intenta locas expediciones más allá de las fronteras. Reducido ese gobierno a la más simple expresión, queda la mayor cantidad de autoridad confiada a los poderes de los Estados regionales, y sería absurdo pensar que estos organismos políticos y autónomos que componen la nación, se sintieran a un tiempo, y sin motivo para ello, dominados por la manía de acometer empresas guerreras.

No es posible que en España una república federal intente nunca seguir esa belicosa vida en que fundan su prosperidad los estados unitarios. Se opone a pensar lo contrario el ejemplo que actualmente presentan las repúblicas federativas que existen en el mundo; Estados que en virtud de su constitución están más indicados que los otros para la vida del trabajo incompatible con la de continua guerra, y lo impide también la especial constitución de un ejército que en tiempo de paz es voluntario y tan reducido como lo permitan las necesidades de la patria, ventaja que priva a los gobiernos de comprometerse en una guerra a tontas y a locas, pues para emprender esta, necesitan acudir al armamento nacional y a que el pueblo consienta en ello después de considerar los sacrificios y los gastos que una lucha va a costarle y la importancia del asunto que la motiva.

Además, en una república federal es imposible volver a las antiguas aventuras, a causa del modo como está constituido el Estado y lo determinadas que se encuentran la división y esfera de acción de los poderes. La guerra en nuestro sistema la acuerda el poder legislativo, pero no un poder como el del presente, que solo tiene de tal el nombre, sino el que vive independiente del ejecutivo, que no encuentra causa alguna por qué temer a este y que no reconoce otra superioridad que la del pueblo que lo ha elegido.

Aun en los casos de forzosa necesidad, cuando peligrara la integridad del territorio y fuera ineludible llamar la nación a las armas, la guerra, en las repúblicas federales, se emprendería cuando no hubiera otro remedio y la razón y la justicia estuvieran de nuestra parte, pues no existirían esas impacencias nerviosas, esos arranques belicosos que oscurecen los dictados de la razón; y frente a las opiniones del inquieto Congreso, imagen del conjunto nacional, estarían como sirviéndolas de contrapeso la prudencia y la sensatez del Senado, que en los pueblos federales no es como en los unitarios, abigarrada y ridícula aglomeración de rancias jerarquías y clases inútiles o perniciosas, sino representación fiel de los Estados regionales, y que, por tanto, procuraría no entrar en quijotescas aventuras que empobrecerían a estas.

No creemos necesario insistir más para demostrar que la república federal es la única forma de gobierno que acaba con esa tendencia aventurera que la historia señala como la principal causa de nuestra decadencia. Mientras exista la monarquía o se establezca el unitarismo republicano, la nación estará amenazada de seguir la triste senda que en pasados siglos y en el presente la condujo a la ruina, al atraso y a derramar inútilmente mucha sangre; y solo con la república federal conseguirá que del carácter de su pueblo se borre la tendencia belicosa y el amor a inútiles aventuras y muera ese espíritu, fiel trasunto de D. Quijote, que ha sido y es su mayor castigo.